

DE LAS CREADORAS
DE BEAUTIFUL

Oscuro
**NOCHE
SALVAJE**

CHRISTINA LAUREN


VERGARA

OSCURA NOCHE SALVAJE

Christina Lauren

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo
y M.^a del Mar Rodríguez Barrena



VERGARA

Para Eddie, nuestro Superman

1

Lola

Dibujo mentalmente las viñetas de la escena que tengo delante mientras seguimos a la recepcionista por el pasillo de suelo de mármol:

«La mujer lleva zapatos de tacón negros de quince centímetros, tiene unas piernas interminables, sus caderas se contonean a cada paso.

»Contoneo a la izquierda.

»Contoneo a la derecha.

»Contoneo a la izquierda.»

Mi representante, Benny, se inclina hacia mí.

—No te preocupes —me susurra.

—Estoy bien —le miento, y él se limita a resoplar en respuesta antes de enderezarse.

—El contrato ya está redactado, Lola. Has venido para firmarlo, no para impresionar a nadie. ¡Sonríe! Lo de hoy es la parte divertida.

Asiento con la cabeza e intento engañar a mi cabeza para que se lo trague: ¡Mira qué oficinas! ¡Mira qué gente!

¡Luces brillantes! ¡La gran ciudad!, pero es una pérdida de tiempo. Llevo escribiendo y dibujando *Pez Navaja* desde los doce años, y cada segundo de la parte divertida siempre ha sido, para mí, crearlo. La parte aterradora es recorrer este pasillo estéril flanqueado por cubículos de cristal y brillantes carteles de películas a fin de firmar un contrato de siete cifras para la adaptación al cine.

Tengo el estómago alojado en algún punto de la garganta y vuelvo a mi lugar seguro.

«Contoneo a la izquierda.

»Contoneo a la derecha.

»Contoneo a la izquierda.»

La recepcionista se detiene delante de una puerta y la abre.

—Ya hemos llegado.

Las oficinas del estudio de cine son casi obscenas en su opulencia. Todo el edificio parece el equivalente moderno de un castillo. Todas las paredes son de aluminio bruñido y de mármol; todas las puertas son de cristal. Todos los muebles son o de mármol o de cuero negro. Benny entra primero, rebosando seguridad en sí mismo, y cruza la estancia para estrechar las manos de los ejecutivos que hay al otro lado de la mesa. Yo lo sigo, pero cuando suelto la puerta de cristal, esta se cierra con un golpe seco y el repentino ruido del cristal al chocar con el metal resuena en la estancia. Un sonido que queda ahogado por dos jadeos sorprendidos procedentes del otro lado de la mesa.

Joder.

He visto suficientes fotos mías en situaciones públicas y estresantes a lo largo de los últimos tres meses para saber que, en este preciso momento, no parezco alterada. No agacho la cabeza y me disculpo; no me encojo ni doy un respingo aunque, nada más cerrarse la puerta con semejante estruendo, me comen los nervios por dentro. Al parecer,

se me da bien ocultarlo.

El *New York Times* publicó una crítica estupenda de *Pez Navaja*, pero dijo que yo estuve «distante» durante la entrevista que creí que fue animada e interesante. El *Los Angeles* describió nuestra conversación telefónica como «una serie de largas pausas para pensar seguidas de respuestas monosilábicas» mientras que yo le dije a mi amigo Oliver que me preocupaba haberles calentado la oreja.

Cuando me vuelvo hacia los ejecutivos, no me sorprende ver que son tan elegantes como la arquitectura del edificio. Ninguna de las mujeres que está sentada a la mesa comenta mi entrada tan poco sutil, pero juraría que el portazo sigue resonando por la estancia mientras me acerco a la mesa.

Benny me guiña un ojo y me hace un gesto para que me siente. Me acerco a un sillón de cuero, me aliso la falda del vestido y me siento con mucho tiento.

Tengo las manos sudorosas y el corazón en la boca. No dejo de contar hasta veinte para que no me entre el pánico.

«En la viñeta se ve a la chica, con la barbilla en alto y una bola de fuego en los pulmones.»

—Lorelei, me alegro muchísimo de conocerte en persona.

Miro a la mujer que ha hablado y acepto la mano que me tiende. Tiene el pelo rubio y lustroso, un maquillaje perfecto, ropa perfecta y una perfecta cara inexpresiva. Por la búsqueda que he hecho en IMDb esta mañana temprano, estoy casi segura de que se trata de Angela Marshall, la productora ejecutiva que, junto con Austin Adams, con quien colaboraba a menudo, luchó para hacerse con los derechos cinematográficos de *Pez Navaja* en una guerra de pujas que tuvo lugar la semana pasada sin que yo lo supiera.

Sin embargo, en la foto era pelirroja. Miro a la mujer que tiene a la izquierda, pero es de piel oscura, pelo negro y enormes ojos castaños. Desde luego que ella no es Angela Marshall. La otra persona a la que he visto regularmente en las revistas y en las fotos es Austin, pero Benny es el único hombre de la sala.

—Por favor, llámeme Lola. Me alegro de conocerla... — Dejo la frase en suspenso, porque en situaciones normales creo que es ahora cuando se hacen las presentaciones. Sin embargo, el apretón de manos dura una eternidad y ya no sé adónde dirigir mi efusiva gratitud. ¿Por qué nadie se presenta? ¿Se supone que tengo que saber los nombres de todos los presentes?

La mujer me suelta la mano y por fin dice:

—Angela Marshall.

Tengo la sensación de que es una especie de prueba.

—Me alegro mucho de conocerla —repito—. Me parece increíble que...

Acabo la frase ahí y todos me miran, a la espera de escuchar lo que iba a decir. La verdad es que podría estar días y días diciendo lo que me parece increíble.

Me parece increíble que *Pez Navaja* haya visto la luz.

Me parece increíble que la gente la compre.

Y de verdad que me parece increíble que la elegante gente que trabaja en este enorme estudio de cine vaya a convertir mi novela gráfica en una película.

—Todo lo que ha pasado nos parece increíble. —Benny me echa un cable, pero suelta una carcajada incómoda—. Estamos emocionados por cómo ha salido todo. Emocionadísimos.

La mujer que está junto a Angela lo mira como diciendo «Ah, sí, te creo», porque todos sabemos que Benny se lleva una buena tajada del contrato: el veinte por ciento es mucho dinero. Sin embargo, esa idea me lleva a otra: yo saco

una tajada todavía mayor. Mi vida va a cambiar por completo con esta transacción. Estamos aquí para firmar un contrato, para hablar del reparto de actores, para planificar el calendario.

«La viñeta muestra a la chica, que se despierta sobresaltada cuando le clavan una barra de acero en la columna.»

Le tiendo la mano a la otra mujer.

—Lo siento, no me he quedado con su nombre. Lola Castle.

La mujer se presenta como Roya Lajani y después baja la vista a unos documentos que tiene delante al tiempo que inspira hondo para empezar la conversación habitual en estas circunstancias. Sin embargo, antes de que pueda hablar, la puerta se abre y entra un hombre al que reconozco como Austin Adams, acompañado por los timbres de los teléfonos, el taconeo por los pasillos y las voces de los despachos adyacentes.

—¡Lola! —me dice con voz alegre y cálida, pero luego hace una mueca cuando la puerta se cierra de golpe tras él. Mira a Angela y le dice—: Odio esta puta puerta. ¿Cuándo coño la va a arreglar Julie?

Angela hace un gesto con la mano, en plan «No te preocupes por eso» y observa cómo Austin pasa de la silla que hay libre a su lado para elegir la que hay junto a mí. Se sienta, me observa con atención y me mira con una sonrisa deslumbrante.

—Soy muy fan tuyo —dice sin rodeos, sin presentarse siquiera—. De verdad. Me tienes impresionado.

—Esto... Uf —digo, y me echo a reír, algo incómoda—. Gracias.

—Por favor, dime que tienes algo nuevo. Estoy enganchado a tu arte, a tus historias, a todo.

—Mi próxima novela gráfica sale en otoño. Se llama *Escarabajo*. —Me doy cuenta de que Austin se inclina hacia

mí, emocionado, y añadido de forma instintiva—: Sigo trabajando en ella. —Cuando lo miro a la cara, él está meneando la cabeza, alucinado.

—¿No te parece surrealista todo esto? —Sus ojos me miran con calidez y su sonrisa se suaviza—. ¿Te has hecho ya a la idea de que eres el cerebro del que será el siguiente bombazo en cuanto a películas de acción?

Esa frase, esta situación, preocupada como estoy por la idea de oír un montón de halagos huecos, me haría respirar hondo para no soltar un comentario suspicaz, pero a pesar de ser un gran productor y director, Austin parece muy... real. Es guapo, pero va muy desaliñado: lleva el pelo rubio cobrizo peinado con los dedos, va sin afeitado, con vaqueros y una camisa que se ha abrochado mal, de modo que el faldón derecho le queda más largo que el izquierdo. El cuello almidonado también lo lleva doblado en un lado. Es un desastre con patas muy caro.

—Gracias —contesto, y uno las manos para no empezar a tocarme el lóbulo de la oreja o el pelo.

—Lo digo en serio —me asegura él, que apoya los codos en las rodillas, sin apartar la vista de mí. No tengo claro que haya saludado a Benny siquiera. Aprieto tanto los dedos que se me ponen los nudillos blancos—. Sé que se supone que son las pamplinas que debemos decir, pero en este caso es absolutamente cierto. Me obsesioné desde la primera página y le dije a Angela y a Roya que tenía que ser nuestra.

—Le dimos la razón —añade Roya, aunque no es necesario.

—Bueno... —digo, sin saber qué otra cosa decir salvo «gracias»—. Es genial. Me alegra haber entusiasmado a una pequeña audiencia.

—¿Pequeña? —repite él, que se echa hacia atrás y se mira la camisa un instante para luego clavar la vista con más

atención en los botones—. Me cago en la leche. No sé ni vestirme solo.

Me muerdo el labio inferior para contener la carcajada que tengo atascada en la garganta. Toda la situación me estaba provocando un ataque de pánico silencioso hasta que ha entrado él. Crecí comprando en tiendas benéficas, sobrevivimos gracias a los cupones de comida durante unos cuantos años y sigo conduciendo un Chevy de 1989. Soy incapaz de imaginarme cómo va a cambiarme todo esto la vida, y la presencia de las dos mujeres perfectas que me miran desde el otro lado de la mesa aumenta la sensación de irrealidad. Sin embargo, Austin parece de la clase de gente con la que me imagino trabajando.

—Sé que ya te lo han preguntado antes —dice él— porque he leído las entrevistas. Pero quiero escucharlo de tu boca, conocer la historia de primera mano. ¿Qué te animó a escribir la novela? ¿Qué te inspiró de verdad?

Sí que me lo han preguntado antes. De hecho, me lo han preguntado tantas veces que tengo una respuesta ya preparada: «Me encanta la heroína normal porque nos da la oportunidad de enfrentarnos a complicados desequilibrios sociales y políticos sin tapujos, en la cultura popular y en el arte. Creé a Quinn Stone como a la chica de al lado, con Clarisse Starling o Sarah Connor como referentes. Ella se convierte en heroína por méritos propios. A Quinn la encuentra una criatura extraña, un hombre con aspecto de pez que viene de otra dimensión y de otro tiempo. Esta criatura, Navaja, ayuda a Quinn a encontrar el valor de luchar por sí misma y por su comunidad, y al hacerlo, él se da cuenta de que no quiere dejarla y marcharse a casa, aunque al final puede hacerlo. La idea me surgió por un sueño que tuve en el que vi a un hombre muy musculoso cubierto de escamas en mi dormitorio diciéndome que ordenara el armario. Me pasé el resto del día preguntándome lo que

sucedería si aparecía de verdad en mi habitación. Lo llamé Navaja. Me imaginé que a mi Navaja le importaría un pimiento el desorden de mi armario, me diría que me levantara de la cama y luchara por algo».

Sin embargo, no es la respuesta que sale de mi boca hoy:

—Estaba cabreada —admito—. Creía que los adultos eran unos gilipollas o unos desgraciados. —Me doy cuenta de que Austin abre un poco los ojos antes de suspirar y de asentir con la cabeza para decirme que me entiende—. Estaba cabreada con mi padre por ser un desastre y con mi madre por ser una cobarde. Estoy segura de que por eso soñé con Navaja: es muy mordaz y no siempre comprende a Quinn, pero en el fondo la quiere y quiere que esté bien atendida. Dibujarlo y dibujar cómo pasa de no comprender la humanidad de Quinn a enseñarla a luchar y a dejar que sea ella quien tome las decisiones al final... Perderme en su historia era el premio que me daba cuando terminaba de fregar los platos y de hacer los deberes, cuando estaba sola en casa.

La estancia está en silencio y siento la rara necesidad de rellenarlo.

—Me gustaba ver cómo Navaja empezaba a apreciar la fortaleza de Quinn, que no es la típica de siempre. Es delgaducha, es callada. No tiene el cuerpo de una amazona. Su fuerza es mucho más sutil: es observadora. Confía en sí misma sin rodeos. Quiero asegurarme de que eso queda patente. Hay mucha violencia y acción, pero Navaja no tiene una revelación en lo que a ella se refiere cuando Quinn aprende a dar puñetazos. Tiene una revelación cuando Quinn aprende a plantarle cara.

Miro a Benny... Nunca antes he sido tan sincera acerca de mi vida y de mi novela, y la sorpresa es evidente en su cara.

—¿Cuántos años tenías cuando tu madre se fue? —pregunta Austin. Se comporta como si no hubiera nadie más con nosotros, y es fácil fingir que no lo hay, porque todos están muy callados y quietos.

—Doce. Justo después de que mi padre volviera de Afganistán.

Nada más decir eso, es como si el silencio engullera la estancia y luego Austin suelta con un suspiro:

—En fin, menuda putada.

Suelto una carcajada.

Austin se inclina de nuevo hacia mí, con expresión penetrante, y dice:

—Me encanta la historia, Lola. Me encantan los personajes. Tenemos a un guionista que va a hacer maravillas con esto. ¿Conoces a Langdon McAfee?

Niego con la cabeza, avergonzada porque, tal como ha pronunciado el nombre, creo que debería conocerlo, pero Austin le quita importancia con un gesto de la mano.

—Es genial. Tranquilo, listo, organizado. Quiere coescribir el guion contigo.

Abro la boca ante la inesperada revelación... Yo, coescribiendo un guion... Pero solo me sale un gemido estrangulado.

Austin sigue hablando pese a mi sorpresa:

—Quiero que hablemos mucho, ¿vale? —Y asiente con la cabeza, como si quisiera animarme a hacerlo—. Quiero que sea todo lo que tú quieras que sea. —Se inclina hacia mí, sonrío y añade—: Quiero ver cómo tu sueño cobra vida.

—Cuéntame otra vez los detalles —me dice Oliver—. Es como si antes me estuvieras hablando en otro idioma.

Tiene razón. Casi no he tomado aliento, y mejor no digo nada de la capacidad para formar palabras desde que entré

en tromba en su tienda de cómics, Downtown Graffick, balbuceando. Oliver levantó la cabeza cuando entré en la tienda, y su dulce sonrisa se transformó en un gesto confundido cuando le solté un millar de palabras incoherentes y todo lo que sentía. Me he pasado las dos horas del trayecto de vuelta desde Los Angeles con mi padre al teléfono mientras intentaba asimilar la reunión. Claro que no me ha servido de mucho, porque al contárselo ahora mismo a uno de mis mejores amigos tengo la impresión de que todo vuelve a ser muy irreal.

En los ocho meses que llevamos de amigos, creo que Oliver nunca me ha visto así: tartamudeando, jadeando y al borde del llanto por lo abrumada que estoy. Me enorgullezco de ser una piedra, de mantener la serenidad incluso con mis amigos, e intento recuperar la compostura, pero, joder, cómo cuesta.

Van... a hacer... una película... de mis ideas infantiles.

—Vale —digo y empiezo de nuevo, no sin antes tomar una honda bocanada de aire para soltarla muy despacio—. La semana pasada, Benny me llamó y me dijo que había tema con lo de la opción de hacer la película.

—Creía que había enviado la oferta...

—Hace meses —lo interrumpo—. Eso. Pero supongo que siempre hay un enorme silencio antes de una explosión, porque esta mañana, cuando íbamos de su despacho a las oficinas del estudio, me contó que se han vendido los derechos en una guerra de pujas brutal... —Me llevo la palma de la mano a la frente—. Estoy sudando. Mírame, estoy sudando.

Me mira y su expresión se suaviza al tiempo que se echa a reír, pero luego meneas la cabeza antes de parpadear y clavar la vista en la caja que está abriendo.

—Es la leche, Lola. Sigue hablando.

—Columbia y Touchstone han ganado —le digo—. Hoy

hemos ido a las oficinas del estudio de cine y he conocido a unas cuantas personas.

—¿Y? —Me mira al tiempo que saca un montón de libros de la caja—. ¿Te han impresionado?

—Bueno... —No sé qué decir al recordar lo que sentí cuando Austin miró al resto de los presentes en la sala y la reunión se disolvió en un torbellino de acrónimos y de órdenes musitadas de «anotar la fecha en el calendario de Langdon para comenzar el guion» y «ver si podemos enviarle a Mitchell la estimación de cuentas esta tarde»—. Sí... Había un par de personas en la sala, un poco reservadas y envaradas, pero el productor ejecutivo, Austin Adams, es superatento, de verdad. Estaba tan alucinada que no sé hasta qué punto me estaba enterando de las cosas. —Me paso las manos por el pelo y miro al techo—. Es una locura. Una película...

—Una película —repite Oliver, y cuando lo miro a la cara, lo veo observándome con esos ojos azules tan cálidos y misteriosos.

Se humedece los labios y tengo que apartar la vista. Oliver es mi exmarido y mi amor secreto, pero siempre será no correspondido: nuestro matrimonio nunca fue de verdad. Es «eso que hicimos en Las Vegas».

Claro que las otras dos parejas que se formaron en Las Vegas, nuestros amigos Mia y Ansel, y Harlow y Finn, están felizmente casados. Pero Oliver y yo solemos felicitarnos, sobre todo cuando nos emborrachamos, por ser los únicos que nos casamos en Las Vegas como personas normales: sin más que el arrepentimiento posterior, la anulación y la resaca. Teniendo en cuenta la distancia emocional que siempre mantiene, estoy convencida de que es el único de los dos que se alegra de verdad de la decisión que tomamos.

—Y la cosa no es en plan «sí, nos gusta la idea, compra-